



¡ESE PÚBLICO...!

PUES bueno, las cosas claras! Araquistain ha querido llamar la atención a los ingleses, desde un diario inglés, sobre eso de que tengan abandonada la propaganda en España y no se opongan más a los manejos de los misioneros de la tudesquería aquí, y el director de *La Correspondencia de España* escribió unas líneas ingenuamente cínicas sobre el desamparo en que dejan los aliados a los que, sin duda desinteresadamente y por convicción, sirven su causa. Pero yo ni creo que los alemanes gasten aquí lo que se dice, ni me parece mal que los aliados gasten tan poco o no gasten casi nada. ¿Para qué?

No es precisamente el dinero lo que corrompe y extravía a una buena porción de la opinión pública española respecto a la guerra. Con los dedos de muy pocas manos se podría contar a los que aquí en España se preguntan: ¿quién lleva más razón? ¿quién sirve más a la justicia? ¿quién representa un ideal de cultura más humano, esto es, más cristiano, y en que se respete más la libertad de la personalidad? Aquí no se preguntan más si no quién pega más; y se inclinan del lado de aquél que creen que pega más.

Alemania no necesita emplear mucho dinero en España; sus aparatosos y espectaculosos triunfos le bastan para imponerse a nuestros jóvenes turcos. Cuando empiece a flaquear, sea por lo que fuere, empezará a desvanecerse el kaiserismo troglodítico español, y cuando al fin sucumba al peso abrumador de sus vistosas victorias ese kaiserismo se habrá casi apagado. Y quedarán los que digan, como decían al fin de la partida los carlistas: ¡traición! Porque los adoradores de la fuerza bruta—y puede ser muy científica y metódica y organizada sin dejar de ser bruta—no comprenden que ceda sino a la traición. Toda fuerza moral es para ellos traicionera.

Esa parte de la opinión española se va detrás del que cree que va montando, y su grito es: «¡Viva quien venza!» Y con hacerle creer que se va venciendo se la tiene adicta. Lo que satisface la vanidad del que necesita creerse vencedor frente al que no se da por vencido. Y no hace falta gastar un ochavo en corromperla. Por lo cual hacen muy bien los aliados en no malgastar en España su dinero que lo necesitan para otros menesteres: para hacer la guerra. Ya se ganarán esa opinión española cuando ganen la guerra. Y si no la ganaren—lo que no creo—no se la ganarían por mucha razón que les sobrase y por muy justa que su causa fuese. Sansón Carrasco ha derrotado entre nosotros a Don Quijote.

Y no necesita Alemania comprar aquí escritores y publicaciones. Aquéllos y éstas se venden al público, a su público, y le dicen no lo que creen que se le debe decir, sino lo que saben que su público quiere que se le diga. Lo mismo pasó cuando la guerra de Cuba y en la tragedia que acabó en 1898. Y en cuanto al público...

El público que compra esas publicaciones y compra a esos escritores se alimenta de malas pasiones y es profundamente misólogo. Ha oído de qué lado se inclina la intelectualidad y él se inclina del otro por odio y por miedo a la intelectualidad. Y encuentra intelectuales que vendiéndosele, le sirvan.

Ese público suspira por la disciplina kaiserea y por la organización tudesca y por la jerarquía férrea, porque se siente un público de hormigas, de abejas o de térmitas y le molesta todo lo que es personal. El mayor pecado de Francia para ese público fué aquella nobilísima guerra civil del *affaire* Dreyfus, cuando la República descuidó la preparación de su defensa contra el pueblo enemigo, que con la unanimidad del rebaño de presa, se preparaba a la agresión, y la descuidó para resol-

ver un caso que afectaba a los Derechos del Hombre, a la intangible y sacrosanta dignidad de la persona humana, que debe estar por encima de la razón de Estado y hasta de la seguridad de la patria. Y esto a ese público, pura colectividad, montón de almas anónimas, con el propio sentimiento personal adormilado, le importa poco. ¡Es más, no quiere personalidades!

Con un seguro instinto husmea que el triunfo de la tudesquería refluiría en nuestra triste patria en un mayor prestigio del sistema de: «¡palo y tente tieso!» y «¡zapatero, a tus zapatos!» y «eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante...», en un mayor prestigio del materialismo político.

Y no importa que no crean ni en Dios ni en el Diablo; son profundamente reaccionarios. Si creyeren de veras en Dios, no lo serían. Pero para ellos Dios no es más que el Supremo Guardia Civil, si es que no es el Supremo Verdugo. Su religión es una religión policiaca. Su lema: ¡orden! Y ven tras el triunfo del kaiserismo una nueva Santa Alianza, aunque sea luterano-mahometano-católica, que imponga el orden y meta en cintura a los que se empeñan en pensar y en sentir por sí y a su manera.

Añádase que entre esas gentes hay ancianos que todavía leen a Julio Verne y que se imaginan que la ciencia consiste en construir skodas y zepelines y hacer gases asfixiantes. Para ellos la ciencia debe concretarse a ingeniería, droguería, estadística y cosas así. Todo lo demás no tiende sino a hacer descontentos, soñadores y utopistas. ¡A lo sumo una ciencia... patriótica! O si no, ortodoxa.

La batalla aquí está clara. Es una batalla contra la ramplonería que se enmascara de neutralidad. Todos esos adoradores del Leviatán le quieren para que proteja su ramplonería. Quieren un patriotismo que nos distraiga de luchar por la otra Patria. Y hasta quieren la verdad oficial.

Ostwald, clarividente profeta del pangermanismo, ha dicho que hay que acabar con el individualismo anarquista latino. Yo diría más bien que con el personalismo. Y es lo que sienten todos esos que odian el personalismo porque no han descubierto su propia personalidad.

Todo esto parecerá, ya lo sé, fantasmagorías mías y una psicología capichosa y paradójica de esa opinión española; pero creo conocer algo a nuestra lamentable y ramplonísima burguesía y las ruines pasiones de que se alimenta.

Ahora la azuzan contra Inglaterra, pero no es por lo de Gibraltar, ¡no! Es porque Inglaterra ha sido el campeón de la libertad de conciencia, y es acaso también porque la Inglaterra de los presupuestos de Lloyd George era un peligroso ejemplo. Es porque Inglaterra ha sido la verdadera maestra del liberalismo, y Francia es para esos la Francia de la gran Revolución y de los Derechos del Hombre. ¡Mientras Kant formulaba el imperativo categórico y se sometía a imposiciones jerárquicas!

La libertad tudesca, la de pulverizar académicamente cualquier doctrina y dogma, y meterse hasta con Dios, y proclamar el escepticismo absoluto... ¡pase! ¡A eso le llaman libertad interior! Pero nada de la otra, de la exterior, de criticar en medio de la calle el mandato del que manda y de silbarle y hasta de echarle de su sitio. ¡Eso no! Sí, en la cátedra cuanto se quiera; pero nada de rebelarse eficazmente. Y hasta en la cátedra... que pase en Alemania, pero lo que es en España...! Necesitamos, según sienten esos, un kaiser, y un canciller, y un Reichstag, no un Parlamento constitucional a la latina, y un paso de parada y todo, en fin, lo que reduzca a aquéllos que quieren ser ellos, personalidades, a no ser más que piñones de las ruedas del Leviatán. Porque es lo que dicen: «¡aquí todos somos unos!»

Hay una quisicosa hórrida que Menéndez y Pelayo llamó la democracia frailuna española. Su ramplonería, su envidia, su



ruindad, su materialismo, se han enconado ante el espectáculo de la guerra. Preveen tras de la lección un pueblo atento a enriquecerse, a hacerse poderoso hacia fuera, sumiso, obediente, disciplinado, y que no haga lo que debe hacer todo pueblo digno; es decir, todo pueblo compuesto de personalidades, y es: ¡revoluciones! La vida de un pueblo digno, no de un hormiguero, debe ser continua guerra civil y revolución continua. Y que nadie duerma sobre la almohada del dogma tradicional.

Hay que haber sufrido la estúpida modorra de nuestras muertas villas españolas esteparias, con sus hórridos casinos, islotes de ramplonería en que se rompen las olas de todas las nobles inquietudes—religiosas, políticas, sociales, filosóficas, artísticas...— y haber sentido el vaho inespíritual de sus tresillistas o chanelistas, y observar cómo sus buenos burgueses, tan atiborrados de sentido común como horros de propio, sin haber nunca luchado, al modo de Jacob, con el ángel del Señor van los domingos y fiestas de guardar a estar en Babia en la iglesia, a lo que dicen oír misa, y cómo, sin haber jamás pen-

sado—¡pensar ellos...!—en problema alguno político, se mueven en las elecciones, pues suelen ser lopecistas o sanchechistas; hay que haber pasado por eso, por esa ciénaga de materialismo de nuestra acorchada burguesía, para comprender lo que les entusiasma la perspectiva de ese Sacro Romano Imperio Germánico, que imponga a esta Europa inquieta y demagógica la paz y el orden de una Beocia harta de bienes materiales, y de ciencia útil, y de verdades oficiales. Porque... ¡nada de extremos!

No, no necesita Alemania comprar publicaciones ni escritos, ni deben los aliados comprarlos en España. ¿Para qué?

La lucha es, no precisamente entre dos Españas, como se ha dicho, sino entre esa España de la susodicha democracia conventual y los españoles que se sienten tales; es decir, personas, yos concientes de una españolidad futura.

¡Y si no está claro, que venga Dios y lo vea!

MIGUEL DE UNAMUNO

COMENTARIO A LA GUERRA

ASPECTO POLÍTICO

ALEMANIA Y LOS ESTADOS UNIDOS

EL duelo de Notas diplomáticas que han venido sosteniendo durante meses Alemania y los Estados Unidos en torno al hundimiento del *Lusitania*, va a tener una conclusión feliz, como en las viejas comedias optimistas. Quería el Gobierno norteamericano que el Gobierno alemán declarase «ilegal» la destrucción del *Lusitania* y «repudiase» la conducta del comandante que mandaba el submarino destructor. Naturalmente, el Gobierno alemán, después de dilatar cuanto ha podido la solución del asunto, ha declarado que no puede suscribir esas dos palabras, «ilegal» y «repudiación». Se explica, porque equivaldría a reconocer culpable la forma de su guerra marítima y moralmente se obligaría a renunciar en lo sucesivo a ella.

Pero el Gobierno norteamericano se encuentra en la equívoca situación de querer que el Gobierno alemán acceda a la exigencia jurídica expuesta en varias Notas, pero sin ánimo, ante una negativa, de llevar el asunto a su consecuencia lógica: a una ruptura de relaciones. Sin duda, sobre el presidente Wilson actúan en un sentido de paz sus propios sentimientos y los enormes intereses norteamericanos contrarios a la guerra. Pero, de otro lado, no podía dejar en silencio un acto como el hundimiento del *Lusitania*. Tenía que protestar en nombre de los derechos de los neutrales movido a ello por la obligación moral de representarlos y defenderlos que pesa sobre los Estados Unidos, por ser el país neutral más fuerte. Además y aparte su propio impulso ético, Wilson necesitaba protestar con el propósito político de obtener un sonado triunfo diplomático que influyese en las próximas elecciones presidenciales. Como se sabe, Wilson buscará la reelección, frente a la probable candidatura de Roosevelt, el fiero intervencionista. En suma: una política de fuerza frente a Ale-



¡PARA QUE NO OLVIDEMOS!

Este grupo fotográfico representa a la señora de Paul Crompton, de Filadelfia, y a sus seis hijos. Todos ellos y la madre murieron en el hundimiento del *Lusitania*. La idea de que este cuadro familiar, dulce y bello como una pintura clásica, ha desaparecido para siempre del mundo de las realidades vivas, da una concreta y terrible plasticidad a la tragedia de aquel hundimiento. Ante esta escena de última ternura, cruelmente desenlazada en el seno del Atlántico, el sentimiento querría clavar en el aire un grito de protesta contra tan bárbaros crímenes estériles. La tomamos, con su significativo título, de la gran revista neoyorkina *The Outlook*.